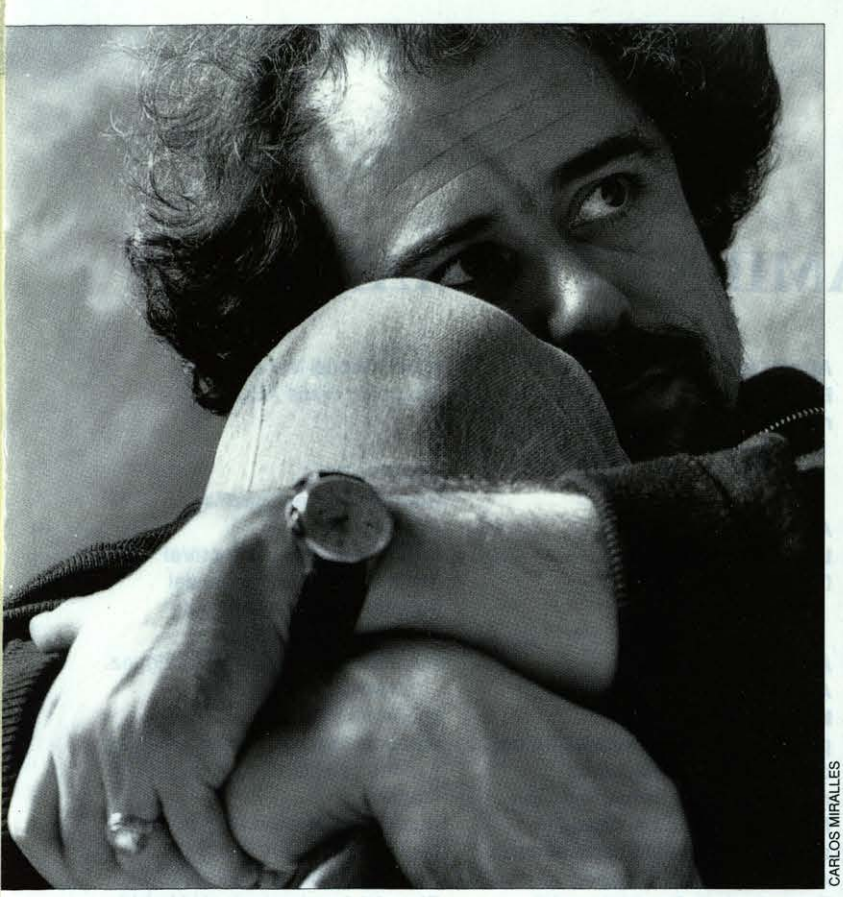
LA MIRADA DEL OTRO



CARLOS MIRALLES

El arquitecto imaginario, Andrea Pozzo

Gabriel Albiac*

A ciencia cierta, nadie en la Compañía supo nunca de dónde le viniera al hermano Pozzo aquella maestría en la que muchos sospechaban un arte oscuro. Pero la obra había de ser terminada. Nadie soñaba ya, como lo hizo cuatro décadas atrás el Padre Grassi, con una cúpula sólo inferior en dimensiones a la de San Pedro, para conmemorar a aquel que, más que el Vaticano mismo y que su obispo, metaforizó la redonda plenitud de un mundo recorrido y conquistado. Leves primero, irrisorios casi, los obstáculos generaron obstáculos. En un momento impreciso, todos supieron que la obra se había vuelto imposible. La sombra indeseada con que la cúpula de Grassi turbaría la luz de la colindante biblioteca del Colegio Dominico debió de aparecer al cardenal Ludovisi como una nimiedad casi cómica. No fue salvable. A la paradoja sucumbió el proyecto: la transparencia de la biblioteca de la vieja orden de los inquisidores quebraba la afirmación espacial de un jesuitismo ilustrado y expansivo. Lo muerto atrapó a lo vivo. 1640: en el año de su centenario, la Compañía, que posee el mundo, carece de potestad sobre la sombra de su templo matriz. A ciencia cierta, nadie sabe de dónde al General de la Orden le vino la idea de recurrir, no a un arquitecto, sino a ese hermano Pozzo cuya maestría extraña se diluye en sombras de arte oscuro, para dictar su encargo: una cúpula sin sombra, un volumen sin densidad quebradora de luz sobre los libros dominicos.

Pero el paseante, que ha dejado a su espalda la muy convencional fachada de Grassi y se adentra en la Iglesia de San Ignacio en esta tarde de excesiva luz de agosto romano, nada sabe de eso. Avanza, quizá sólo por gozar del reposo de la penumbra, a lo largo del eje de la nave, la mirada fija, como es debido, en el transepto y en el foco de luz que recorta la linterna. Una variante más del Gesú, se dice. Luego, a mitad del camino de la nave, un malestar indefinido se abre paso: la difusa certeza de que algo no es como debiera serlo. Hagamos que en ese momento, y sólo para no pensar en ello, alce la vista hacia la bóveda. En lo que le aparece como una versión extremada de Gaulli o de Piero di Cortona, el templo se prolonga en otro templo que se abre en trompe l'oeil sobre un cielo infinito. La extremada exactitud de los escorzos que flotan entre ese infinito y las columnas y frontones del templo pintado que prolonga al de piedra, como una caja china prolonga y da sentido a otra, revelan la mano de un maestro de la quadratura. Pongamos que nuestro paseante ha leído a Baudelaire, rinde culto glorioso a las imágenes ("grande, única, primitiva pasión") y es sabedor de la prioridad que da la Compañía al artificio. Todo queda en orden.

Llegada la noche, el hermano Pozzo hacía encender el fuego en un punto establecido de la nave. Las rejillas cuadriculadas eran elevadas mediante poleas. Los ángulos de inclinación eran fijados con exactitud inapelable. Sólo entonces empezaba lo trivial: la artesanía de transferir al soporte material la sombra de lo que el cálculo geométrico había definido mucho antes. No está la obra de verdad en esa destreza manual del semifresco. Sí, en el papel y los signos que han definido el cálculo del cual no es la pintura sino epílogo. Signo y número cuentan sólo, son verdaderos; lo demás, anécdota. Sabe el hermano que está bien esa artesanía anecdótica, porque en el Fundador aprendió a ejercitarse "en alabar ornamentos y edificios de iglesias, y así mismo de imágenes, y venerarlas según qué representan". Representación: theatrum sacrum, sistema de codificadas ficciones que forjan la creencia. "Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo blanco que yo veo creer que es negro, si la Iglesia jerárquica así lo determina". Sabe, sin embargo, también - porque ha leído a Alberti - que sólo en la concinnitas, en ese equilibrio armónico de número y proporción, es verdad aun lo que miente. Y se maravilla, no ante el edificio que asombrará a muchos, sino ante el libro que a muy pocos será dado leer y en el que la verdad de ese estupor es dicha: Perspectiva pictorum et architectorum. Clave geométrica de la escenografía. Verdad de lo que miente para mejor hacer del fiel imagen de la luz divina.

La mirada del paseante vaga por la bóveda en la que el Fundador difracta la luz que de Cristo le viene, la proyecta a los cuatro pechinas que son clave de los cuatro continentes; también a un quinto punto, espejo que flota a mitad de camino entre Ignacio y el fiel que, en la nave, de él recibe el haz de luz quebrada. En ese instante, en el cual la mirada del espectador se centra sobre ese óvalo bruñido para identificar en él el anagrama de la Compañía, todo sucede. El orden convenido del templo se desmorona. "Miento", dice de pronto el edificio. "Mi cúpula es sin sombra".

Sobre el espacio plano al cual la biblioteca dominica niega el derecho a volumen, el hermano Andrea Pozzo ha tejido su red de geómetra. Quadratura de la semiesfera. El ojo, al fin tan sólo máquina de engaño, cede a la persuasión de la sola verdad: el número, la geometría proyectiva. Sola verdad: cúpula verdadera porque conceptual, exenta de materia, de indeterminación por tanto (la materia, dice Platón, tan sólo indetermina y desdibuja); exenta, pues, de sombra. "Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi accendatur?". Fuego de Dios que es verdad sin tinieblas, el libro del hermano Pozzo yace en la Biblioteca. Están en él las posibles arquitecturas. Ficciones. También ésta, cuyo volumen no turbará la claridad de la diáfana sala de lectura. El edificio está en la biblioteca y el paseante lo ignora. Y cree estar contemplando un templo verdadero. "C'est toujours l'animal adorateur se trompant d'idole".

* Catedrático de Filosofía
de la Universidad Complutense de Madrid